

Semblanzas



Don Teo

«Tierra de Campos» es como un ondulante mar interno en la magna «Anchura de Castilla...», y allí, en Belmonte de Campos se gestó, hacia finales de siglo XIX el inicio de un periplo odiseico que se desarrolló en tres siglos. La inquietud de encontrar nuevos horizontes profesionales empujó al mozo Luciano Martínez Revilla a emigrar a Villarramiel de Campos, para aprender el arte de la Tenería, una industria muy activa en aquel tiempo. A buen tiempo se encontró allí, ya oficial tanador, con Prudencia Díez Moro, una belleza local, que accedió a acompañarlo, previo contrato matrimonial, en una vida itinerante que los llevaría primero a Matamorosa, en Cantabria, donde en Milnovecientosquinze nació Teófilin. La trashumancia de la familia Martínez-Díez, en busca de mejores oportunidades económicas, les llevó a recorrer tenerías en varias provincias, y terminó estacionándose, ya plenamente constituida, en la villa de Areatza, al pie del macizo de Gorbea, el monte más emblemático de Euzkadi. Allí fundaron una Curtiduría operada con las aguas del Arratia, donde Teófilo se graduó maestro en la profesión de curtidor y se hizo hombre, apto para el servicio militar, sujeto por tanto de actuar como guerrero forzado en la infame guerra que vino...

Durante la guerra le tocó al soldado Teófilo Martínez Díez jurar fidelidad sucesivamente a cuatro banderas. Participó en varias batallas, nunca mató a nadie a sabiendas ni le pasó nada grave, consoló a muchos en su agonía y ayudó a algunos a seguir viviendo, eso sí, aguantó, según decía, bastante hambre. Una vez que le dieron permiso para visitar a su familia cortó un hermoso trozo de lomo de un caballo que había muerto de un balazo, y se lo llevó muy contento a su casa, como promesa de un gran festín con que obsequiar a la familia. Doña Pruden lo echó a la basura, con la consiguiente consternación de Teófilo, que no entendía que algo comestible pudiera ser tan ligeramente desaprovechado.

Casualmente, vivía también en Areatza la familia Fernández de Larrinoa-Iturrate, con una moza lozana y alegre por hija, con quien Teófilo decidió unilateralmente casarse cuando ella solo tenía trece años. Lo logró finalmente, para constituir su propio proyecto de familia en Milnovecientoscuarentycinco. Un buen día se encontró Don Teo con una hermosa familia de cuatro niñas y dos niños, a quienes había que alimentar, formar y educar, amén de dos abuelos y otros allegados, y sin un peso sobrante en la cartera, porque la industria de la curtiduría estaba en bancarota debido a la competencia de los nuevos materiales sintéticos. Como tantísimos otros en tal situación optó por la emigración. El país de moda era entonces Venezuela, verdadera tierra de promisión, y allí llegó Don Teo, sin permiso de residencia, por lo que tuvo que vivir escondido hasta que logró arreglar sus papeles. Un año más tarde se le unió Doña Miren, para hacerle más tolerable el exilio.

Una vez lo metieron al bote allá en Caripito, cerca de las cuevas de El Guácharo, porque un ciclistero beodo se estrelló contra su carro. Cuando Don Teo llegó a la cárcel ésta era un verdadero caos de suciedad y total desorden. Empezó por limpiar el piso y acomodar todo. Cuando después de varios días le tocó marcharse nadie quería dejarlo ir.

Después de muchas peripecias acompañado de Doña Miren, que los llevaron de Caracas a Barquisimeto, a subir las altas cumbres de los Andes y a cruzar las inmensas sabanas de Barinas y Apure dedicados al comercio, se establecieron como industriales de Panadería en San Félix de Guayana, en la confluencia del Orinoco y el Caroní, donde por años en la Panadería Miami fueron punto de referencia, como personas de gran calidad y calidez humana, que además ofrecían productos y servicios de muy alto estándar.

Cuando consideraron que sus objetivos estaban cumplidos, y sus cartas al futuro estaban debidamente certificadas, Don Teófilo y Doña Miren reunieron a su familia en la margen derecha de otro río emblemático, el Nervión, y se refugiaron en Algorta, de donde solo salieron ocasionalmente para visitar a sus nietos itinerantes en Venezuela, Suecia y México. Don Teo, Patriarca satisfecho y orgulloso de su camada, siempre en paz consigo mismo y con sus pares, se encontró finalmente con el principio, al mediodía de un once de septiembre, satisfecho de haber vivido sin perder jamás el norte, sin necesidad de traicionar sus bien establecidas convicciones, y con la paz que solo obtienen los justos y los pacíficos.

Jacobus Parvus

Septiembre 11, 2003

D.R.© Platicabulo

Ser Mejor para servir mejor